

marqués de Moustier, de cuyas comunicaciones ha publicado recientemente interesantes noticias en la *Revue des deux mondes* (1887) el señor Rothan, individuo entonces de aquella embajada (1). De estas comunicaciones podemos inferir que en el concepto de aquel embajador francés, Bismarck era el único de los hombres de Estado y diplomáticos prusianos que sabía lo que quería y que en esto jamás titubeó y siempre acertó. Contrario decidido de toda política belicosa, dijo á aquel embajador: «¿Por qué ha de mezclarse la Prusia en una guerra de la cual ninguna utilidad puede esperar? La Prusia ha de quedar dueño de sus acciones y de escoger libremente el instante en que sus intereses la aconsejen intervenir. Francia é Inglaterra hacen gala de su desinterés, pero al cerrar Inglaterra á los rusos el mar Negro, asegura su comercio y sus dominios en la India, y la Francia al destruir á Sebastopol asegura su predominio en el Mediterráneo. ¿Qué indemnización podría ofrecerse á la Prusia? Sin duda un pedazo de Polonia, que la Prusia no necesita ni desea; y la Estonia y la Curlandia, sin mejorar su situación política, la indispondrían para siempre con la Rusia. La palabra *guerra de principios*, que usan á cada momento los aliados, no tiene sentido. La Prusia ha guerreado contra Dinamarca en nombre de los principios sin que esto haya impedido á Francia ni á Inglaterra perjudicar sus intereses mas vitales en el Báltico; y finalmente, ¿quién nos asegura que hecha la paz, Francia y Rusia reconciliadas no se entenderán á costa nuestra?»

En aquel tiempo era moda en Prusia odiar á la Rusia, es decir, entre los que se preciaban de liberales, enemigos del feudalismo, mientras para todos los partidarios de éste el emperador Nicolás era el rey de los reyes ó poco menos; por esto la persona que no estaba en favor de la alianza con Francia é Inglaterra contra la Rusia era, en el concepto de los liberales, un traidor y enemigo de la patria y de la libertad. Que esta era la opinion de los liberales lo habian demostrado claramente los debates en las cámaras prusianas en los meses de marzo y abril de 1854, con motivo del empréstito de 30 millones. Bajo este punto de vista escribió el embajador francés lo siguiente respecto de Bismarck: «Andan divididos los pareceres sobre las opiniones del señor de Bismarck, quizás porque no se han fijado todavía en su ánimo. Se le acusa mas de lo que merece de ser ruso, sin duda por pertenecer al partido de la *Gaceta de la Cruz* (el partido archi-feudal), y por su conducta al principio de las complicaciones orientales; pero yo no he hallado en él la menor preferencia por la Rusia, y muy léjos de esto se ha expresado con mucha decision contra las personas que rodean al rey, diciendo que cerca de S. M. habia personas que mas bien veían á su soberano en el emperador Nicolás que en el rey de Prusia, y que á veces llevaban esta locura hasta la traicion; no sé si con esta palabra *traicion* quiso aludir á los documentos secretos que recientemente han sido entregados á la corte de Rusia (2).»

La política que llenaba la mente de Bismarck no era ni rusa ni francesa, sino prusiana, sin dejarse influir por pretendidos intereses germánicos ni europeos, ni por las lisonjas con que se suponía que la palabra «poderosa» de la Prusia podia obligar á las potencias á la paz, ni por el espantajo del aislamiento de la Prusia. Confesaba Bismarck con franqueza que si no entraba desde luego en una política decididamente prusiana, era por razones especialísimas. Sabia muy bien, decia, que Francia no tendria celos del engrandecimiento de

la Prusia, y si tuviese la Prusia otro soberano seria él el primero en aconsejar á su país una política de engrandecimiento; pero su rey haria como hizo en 1849, dejaria caer todo lo que se le pusiera en las manos; «por esto, añadió, no habia que pensar en semejante cosa, y ya que en todo esto nada tenemos que ganar, no debemos mezclarnos en ello.»

El ministro Manteuffel, que habia firmado el convenio del 20 de abril, respiró cuando Bismarck salió de Berlin para volver á Francfort, y segun se expresó Moustier en una de sus comunicaciones, esperaba que estando fuera de Berlin Bismarck y en su guarnicion el coronel Manteuffel, las cosas irian mejor. Mejor marcharon en realidad, pero fué á medida que Bismarck consiguió quitar á la Prusia las ligaduras del tratado del 20 de abril, mientras el Austria con su actitud belicosa empujaba á sus aliados cada dia mas al lado de la Prusia.

Sin dar conocimiento á la Prusia, el emperador Francisco José firmó en 14 de junio un tratado con la Turquía, en el cual se obligaba á apurar todos los medios de negociacion y otros para conseguir la evacuacion de los principados danubianos por el ejército extranjero que los habia ocupado, y emplear en su caso hasta la fuerza armada que fuera necesaria (artículo primero) (3). Esto, junto con la mala suerte de las armas rusas, fué causa de que los rusos evacuaran en el mes de julio los principados, y cuando las fuerzas austriacas entraron en ellos, sin advertir á la Prusia ni á la confederacion, que con bien meditadas reservas habia entrado en el convenio del 20 de abril, estaban ocupados solo por fuerzas turcas.

Con la misma frescura, si bien siempre en la suposicion de que no le faltaria el auxilio armado de la Prusia, redactó el Austria en 8 de agosto de 1854, en union con Francia é Inglaterra, un programa de paz que imponia á la Rusia los sacrificios durísimos siguientes: abolicion de su protectorado sobre los principados danubianos; libertad de navegacion en el Danubio; modificacion del tratado del 13 de julio de 1841, relativamente al cierre del Bósforo y de los Dardanelos; restablecimiento del equilibrio en el mar Negro; renuncia al protectorado sobre sus correligionarios griegos en el imperio turco. En otro tratado del 2 de diciembre se obligó el Austria á no entrar sino con estas condiciones y de acuerdo con Francia é Inglaterra en negociaciones de paz, y á auxiliar á estas potencias con las armas en la guerra contra Rusia si á fines del año la paz no hubiera quedado asegurada. El gabinete de Viena al firmar este convenio, que fué considerado en San Petersburgo como una ingratitud verdaderamente espantosa, teniendo en cuenta los servicios prestados en 1849, habia contado con grandes y decisivas victorias en la Crimea, donde en 14 de setiembre habia desembarcado un ejército anglo-franco-turco de 60,000 hombres. Los triunfos de este ejército á orillas del Alma en 20 de setiembre, cerca de Balaclava en los dias 17 y 25 de octubre, á orillas del Chernaya el 26 de octubre y cerca de Inkerman el 5 de noviembre, justificaron al principio los cálculos del gobierno austriaco; pero cuando á pesar de las brillantes acciones dadas cerca de Eupatoria en 17 de febrero de 1855, y de Malakoff en 22 de marzo, se prolongó indefinidamente la guerra al rededor de Sebastopol, el ministro austriaco, conde de Buol, empezó á temblar cada dia mas al pensar en el compromiso que habia contraido en 2 de diciembre, compromiso que no podia cumplir, pues que no podia hacer que la Prusia y la confederacion le siguieran para luego dejarles la carga principal de la guerra. A cada tentativa en este senti-

(1) *Souvenirs diplomatiques. Revue des deux mondes*, vol. 84. Desgraciadamente Rothan omite las fechas de las comunicaciones del embajador.

(2) Eran principalmente referentes á la movilizacion del ejército prusiano.

(3) *Annuaire des deux mondes*, 1854-1856, pág. 511.

do el representante del Austria en Francfort encontró la objeción decidida del representante de la Prusia y la inexorable repugnancia de sus apoyos fidelísimos anteriores, los gobiernos de Baviera, Sajonia, Hanover, los dos Hesses y Nassau, convenidos en una conferencia que habían tenido en 25 de mayo en la ciudad de Bamberg.

Bismarck en 9 de diciembre de 1854 predijo con toda seguridad las consecuencias que había de tener para el Austria su conducta respecto de Rusia, en estos términos: «Vendrá irremisiblemente el día de saldar cuentas, aunque pasen algunos años; la Rusia aprovechará la ocasión de recuperar lo que ahora pierde cuando estalle una desavenencia entre Inglaterra, Francia y Austria, ó cuando uno de estos Estados se encuentre luchando con una revolución interior. El Austria ha colocado en el camino de Rusia un obstáculo *ahora* insuperable, y en adelante la Rusia dirigirá su fuerza contra este obstáculo (1).»

El temor constante de Bismarck era que la corte de Berlín se dejara arrastrar por el gabinete de Viena á una guerra contra la Rusia; pero en vista del convenio celebrado por el Austria en 2 de diciembre, cesó toda debilidad, y en 19 de diciembre escribió Bismarck contentísimo al ministro del rey en Berlín: «Me ha regocijado en extremo el modo digno y frío, sin apresuramiento, con que V. E. trata la cuestión de nuestra entrada en la alianza y de nuestro llamado aislamiento. Conservemos la actitud serena é impertérrita y nos tendrán respeto; así se guardarán muy bien de emplear con nosotros amenazas, y mas de llevarlas á efecto. Si á lo menos pudiésemos comunicar al Austria la idea de la posibilidad de que nuestra paciencia y fraternidad no sean ilimitadas y de que no hemos olvidado el camino de Moravia, me parece que el temor que inspiráramos al Austria sería mas propicio para la paz que la confianza del Austria en nuestro auxilio.» En el consejo federal, en 30 de enero de 1855, una proposición del Austria para movilizar el ejército federal fué rechazada con una unanimidad que jamás había encontrado la potencia que presidía la confederación, y si alguna vacilación hubiese habido, la habría hecho desaparecer el gobierno austriaco con las groseras amenazas que dirigió en una circular secreta del 14 de enero á los gobiernos alemanes.

Al ver Bismarck madurar el fruto de su trabajo de los últimos cuatro años, escribió en 2 de febrero: «Si ahora no empuñamos el timón de la política alemana, el viento del terror austriaco, bajo la dirección de Francia é Inglaterra, empujará el buque al puerto francés y nosotros haremos en él el papel del galopin testarudo.»

El consejo federal decidió en 8 de febrero la movilización de los contingentes federales, no en cumplimiento del convenio del 20 de abril sino «para proteger la independencia é inviolabilidad de Alemania.» Fué esta una victoria de la política alemana de la Prusia, según el modo de ver de Bismarck, que tuvo la gran satisfacción de que uno de los representantes de los reinos, antes tan hostiles á la Prusia, dijese: «Los Estados de segundo orden están firmemente convencidos de que la Prusia mirará como un deber de honor responder á la confianza que ha puesto en ella la asamblea federal, y conservar esta hegemonía sin sacrificarla á ninguna seducción ni imposición en sentido particularista, pues la pérdida de esta posición dominante sería para ella por mucho tiempo irremediable y para la Alemania una gran calamidad.» Bismarck continuó con mas seguridad que nunca cultivando la solidaridad pruso-alemana, que robustecía, por lo menos exteriormente, el poder de la Prusia, sin dejarse extraviar por las objeciones de Inglaterra ni por las intrigas

(1) Poschinger, tomo II, pág. 119.

subterráneas del Austria cuando se trató de la cuestión de si la Prusia había de ser admitida á las negociaciones de paz. Sobre esto escribió en 25 de enero de 1856: «Cuanta mas impaciencia mostremos por figurar en las conferencias de paz, tanto mas alto nos pondrán el palo sobre el cual hemos de saltar para entrar en ellas. Cuanto mas frios nos mostremos, tanto mas espero que nos llamarán voluntaria y honrosamente, sobre todo si hacemos todo lo posible para tener el apoyo de la confederación. Las modificaciones en el derecho público europeo que nos interesan y que tocan á los tratados celebrados por nosotros, producirán, si han de ser estables, la necesidad ineludible de nuestra participación, y todo apresuramiento de parte nuestra redundaría en perjuicio de las condiciones materiales de nuestra intervención en las negociaciones.» La firmeza inexorable de Bismarck tuvo finalmente el resultado mas halagüeño para él, á saber: que de parte del Austria se empezó á comprender que la política federal del príncipe de Schwarzenberg era completamente errónea, y que debía volverse á la anterior del príncipe de Metternich.

En 20 de febrero de 1856 escribió Bismarck que el conde de Rechberg, desde noviembre de 1855 representante del Austria en Francfort, le había dicho que estaba escribiendo una memoria para su emperador á fin de demostrarle que el Austria debía cambiar su política en la confederación respecto de la Prusia; pues si continuaba en la que seguía entonces, los Estados de segundo y tercer orden, convenidos en Bamberg, se acostumbrarían á hacer de mediadores y de árbitros entre Berlín y Viena, y finalmente preferirían adherirse á la Francia antes que dejarse gobernar por las dos citadas cortes. El ministro Buol molestaba á la confederación con sus exigencias exageradas, y quizás estallaría el descontento en el instante mas inoportuno. No deberían, añadió, presentarse á la confederación asuntos sobre los cuales los gabinetes de Viena y de Berlín no se hubiesen puesto previamente de acuerdo. Esta era la política del príncipe de Metternich, de la cual este diplomático no se apartó nunca. Ni Schwarzenberg ni los que eran de su opinión habían visto que era menester seguir esta política so pena de convertir forzosamente á la Prusia en enemiga del Austria y de renunciar á la confederación alemana. A la política errónea de Schwarzenberg derrotó, pues, Bismarck con sus propias armas, tanto que el representante del Austria hubo de solicitar un cambio en la política austriaca para bien del Austria misma. Bismarck, sin embargo, dice en la comunicación citada: «Todo esto es mucha verdad, pero yo temo que si Rechberg predica semejantes ideas al gobierno de Viena, predicará en el desierto.» Así fué, en efecto, como veremos.

Con fecha 26 de abril de 1856 envió Bismarck á su gobierno una memoria completa sobre la situación que con motivo de la paz de París había resultado para la Europa y para la Alemania; y al poco tiempo se contestaron las preguntas que en esta memoria se hacían respecto de si la paz sería duradera, de qué lado peligraría, y finalmente qué remedios había para evitar estos peligros. Decía Bismarck que Napoleón, firmemente aliado con Inglaterra y solicitado por la Rusia y el Austria, ocupaba desde la paz una gran posición en Europa, y no la comprometería sin necesidad. No era de presumir en su concepto que buscara la guerra solo por la guerra y que le dominara la ambición de conquistas. Era, pues, de esperar que preferiría la paz mientras lo permitieran el espíritu del ejército y su propia seguridad. «Yo me figuro, decía Bismarck en la citada memoria, que Napoleón, para el caso de que necesitase una guerra según lo dicho, se habrá reservado alguna cuestión abierta para quejarse en cualquier momento sin que se le pueda acusar de temerario

ni de injusto, y para esto ninguna cuestión mas á propósito que la italiana. El estado fatal de las condiciones de aquella tierra, la ambición de la Cerdeña, los recuerdos de Bonaparte y de Murat, el origen corso de la familia napoleónica ofrecen al hijo mayor de la Iglesia romana muchos cabos sueltos, y el odio de los italianos á sus príncipes y al Austria le allanan los caminos; porque el Austria ningún auxilio tendría que esperar de nuestra democracia cobarde de Alemania, y el de los soberanos no le tendría sino cuando fuese el mas fuerte.»

Según esto, entre todas las potencias era el Austria la que corría mayor peligro, en cuyo caso opinaba Bismarck que no podía contar para nada con la confederación y muy poco con la Prusia. De los sucesores de los príncipes de la confederación rhiniana era seguro que el deber de su conservación sería antepuesto por ellos á todos los deberes federales y de los tratados. Algunos soberanos tendrían la mejor voluntad, pero ¿de cuáles podía esperarse que contra el consejo de sus ministros y contra las súplicas de sus súbditos entregaran su país á la calamidad de la guerra y abandonaran sus palacios para vivir hasta la reconquista de sus territorios en el campamento austro-prusiano? Fácilmente se convencerían de que primero eran sus deberes para con sus súbditos que los deberes federales; de que soberanos tan poderosos como los emperadores de Rusia y Francia no les abandonarían, y de que en el peor caso Austria y Prusia por envidia mútua dejarían vivir á los Estados de segundo y tercer orden. La confederación del Rhin en 1813 y 1814 tenía sus cargas, pero entre estas no figuraba la molestia constitucional y cada príncipe reinaba en su territorio como quería, mientras no faltaran sus contingentes armados á Napoleón. Esta esclavitud no tenía, pues, nada de pesada para los soberanos, y sus embajadores oían hablar con cortesía sarcástica de la guerra federal, y los representantes en el consejo federal necesitaban toda la seriedad de los augures romanos para revisar con corrección la organización militar federal. «Acaso, decía Bismarck, habría sucedido lo mismo si la Santa Alianza se hubiese desmoronado antes; pero si ahora se ha hecho visible dentro y fuera del país la decrepitud de la confederación, lo debemos á la conducta del Austria en los últimos dos años, y especialmente en el convenio de diciembre y en la nota del 14 de enero.»

El verdadero peligro, sin embargo, estaba en la incompatibilidad incurable del Austria y de la Prusia, sobre cuyas consecuencias inevitables en una guerra común, se expresa Bismarck en su escrito con irresistible elocuencia: «El espíritu de una alianza austro-prusiana, aun en el mayor peligro común, sería siempre lo contrario de lo que constituye una alianza y de lo que la cimenta. Serían mas fuertes y mas enervadoras que nunca la mútua desconfianza política, la envidia militar y política, la sospecha de cada uno de que el otro hiciese tratados especiales con el contrario, ya para aumentar el engrandecimiento de su aliado, ya para asegurar su propia salvación. Ningún general de una de las dos potencias permitiría que el otro venciera. Tenemos en nuestra historia los tratados de Vosseem y de Saint-Germain, el recuerdo de nuestra suerte en el congreso de Viena, que nos autoriza á recelar del éxito de la alianza del Austria, y la política de los dos últimos años, que nos prueba que en Viena no han perdido la costumbre de las mañas italianas. Quizás quisieran darnos seguridad con un cambio de personas ahora que Buol no encuentra ya crédito en ningún gobierno; pero siempre quedarían la política tradicional del Austria y sus celos de nosotros. Por mi parte no me fiaría del zorro viejo, aunque cambiara de piel. Según la política de Viena la Alemania es estrecha para nosotros dos, y mientras

no haya un acuerdo leal respecto de la influencia de cada potencia en Alemania, aramos los dos el mismo campo litigioso y el Austria sigue siendo el único Estado con el cual podemos perder mucho ó ganar mucho. El concordato y sus accesorios han exasperado los contrastes y han dificultado de nuevo todo arreglo. Sin esto tenemos un gran número de intereses encontrados, los cuales ninguno de nosotros dos puede abandonar sin renunciar á la misión que cree tener, y no hay medio diplomático pacífico de dirimir estas cuestiones. En 1813 y 1849, ni la presión mas fuerte de fuerza ni el peligro inminente de la existencia de ambas potencias pudieron arreglar la cuestión del dualismo alemán. Esta cuestión se ha resuelto desde Carlos V una vez en cada siglo, y antes, desde hace mil años, de cuando en cuando por una guerra radical interior, y en este siglo no quedará tampoco mas recurso para llegar á un arreglo. Mi intención no es deducir de todo esto que debemos dirigir nuestra política á promover una decisión entre nosotros y el Austria en las circunstancias mas favorables; solo quiero manifestar mi convicción de que antes de mucho tiempo tendremos que pelear con el Austria por nuestra existencia, y que no está en nuestro poder evitarlo, porque la marcha de las cosas en Alemania no permite otra salida. Si esto es así, lo que por supuesto no puede probarse, no es posible para la Prusia llevar su abnegación hasta jugarse su propia existencia para salvar la integridad del Austria, y en mi opinión sería ésta una lucha sin esperanza. He omitido mencionar entre los puntos débiles que ofreceríamos á nuestros contrarios en una lucha contra una alianza de Rusia y Francia, el que depende de las circunstancias de Inglaterra. Desde la ley de reforma, la *sabiduría hereditaria* antigua no ha podido dominar las pasiones de partido, y en la nación en que pueden mas artículos de periódicos que consideraciones de hombres de Estado, no es posible tener confianza. La seguridad insular de Inglaterra hace fácil á este país sostener ó abandonar á un aliado en el continente, según las necesidades de la política inglesa, y un cambio de ministros basta para hacerlo y justificarlo, como lo experimentó la Prusia en la guerra de los siete años. Una alianza entre Austria é Inglaterra está siempre expuesta á aflojarse y paralizarse por la aversión mútua y por la misma arrogancia de Austria é Inglaterra, como también por su contraste político y religioso.»

Por tanto, el resultado de los consejos de Bismarck era: paz con todas las potencias, y quizás alguna mayor amabilidad con Luis Napoleón, pero alianza con ninguna, y no dejarse llevar gratuitamente á remolque de ninguna de ellas; siempre recelo respecto del Austria, mientras no se hiciera un arreglo que permitiese á las dos potencias ser aliadas leales sin segundas intenciones.

## CAPITULO II

VÍCTOR MANUEL II, CAVOUR Y LA LIBERACION DE ITALIA

Entre los Estados representados en el congreso de paz de París por sus ministros, figuró también el reino de Cerdeña, país cuyo número de habitantes no llegaba á cinco millones y que siete años antes yacía todavía destrozado, pero que acababa de recibir con su admisión en el consejo de las grandes naciones su título de potencia europea. Este fué el primer fruto glorioso de la política inteligente y osada seguida por el esforzado rey Víctor Manuel II y su gran ministro el conde Camilo de Cavour.

El rey Carlos Alberto, en su lucha por la Italia, había arriesgado su corona, su tierra, su honor y su vida, y cuando por desesperación emprendió su última campaña, viéndose